

XVII

A la mañana siguiente, al salir, apenas puso el pie fuera de la clase, vió venir á su encuentro á la mujer del mozo de cuerda, moviendo los hombros como un carretero y lanzando siniestras miradas en derredor. Llevaba el pañuelo de la cabeza terciado, los pelos enmarañados, los ojos despedían chispas, los labios caídos y un cardenal debajo de un ojo. No tuvo necesidad la maestra de sentir el tufo que despedía á licor para comprender que había bebido más que de ordinario y que venía de mano armada.

—Dígame, señora maestra—comenzó cruzando los brazos sobre el pecho,—son estas las escuelas de la ciudad ó qué cosa son? ¿A qué viene esa bribonada, que ayer fue la hija á casa enteramente desesperada porque la han cambiado de sitio, sin que exista motivo alguno; que daba compasión verla; qué

¿creen que mi hija va á ensuciar á las señoritas?

La maestra intentó hablar, indicándole que bajara la voz.

—No, no, no—contestó ella moviendo la cabeza,—esta es una ofensa que han querido hacerme, y sé muy bien lo que me digo. Eh, y no crea usted que lo dejaré pasar así. Quiero una satisfacción. Voy á ver al alcalde. ¿Qué tunantadas son estas de echar á un lado á los pobres como si fuéramos las barreduras? ¿Dígame, señora maestra, quién ha sido la que le ha obligado á hacerlo? ¿Es una bella señora que yo conozco? Dígamelo...

La maestra la interrumpió con un gesto de súplica. En aquel momento salía la pequeña Orveggi; su padre estaba en el fondo del salón de espera; la maestra le dijo apresuradamente:

—Vete en seguida con tu padre.

La niña echó á correr sin colocarse en fila.

La mujer comprendió sin embargo la estratagema.

—¡Oh! no tenga miedo—exclamó, volviéndose á mirar al padre que salía con su hija, sin haberla visto,—yo no tengo nada ni con la niña ni con el usía. Yo sé bien de

donde ha partido el golpe. Pero sepa usted que soy buena para arrancarle la careta delante de toda la escuela á esa señora, ¿lo sabe usted bien? Porque tengo con ella cuentas viejas que ajustar, ¡comprende! ¡Ah, falsa novia!—gruñó, blandiendo el puño hacia la puerta:—ha sido afortunada al no ocurrírsele venir hoy aquí! ¡Se conoce que me ha olido, ¡sí!...

La maestra quiso apaciguarla, buscando con ansiosos ojos á la directora. Mas ella siguió cada vez más excitada:

—¿Hacerme á mí tales desaires? ¿A una niña como la mía, á una criatura á cuyo lado tendría á mucha honra estar la hija de una princesa?

Su hija salía en aquel momento y al ver furiosa á su madre y á la maestra ansiosa, adivinando el motivo de la escena, arrepentida de haber hablado, se echó á llorar. Su madre se volvió y le dió un cachete, diciendo:

—¡Calla, tú, sin vergüenza! ¿Quizá con gimeos es como consigue uno que le den satisfacción á los insultos? ¡Porque yo quiero una satisfacción—repetía volviéndose á la maestra y alzando la voz; yo sé bien que la señora ha hecho que quiten de su sitio á mi

hija para hacerme un desprecio, la conozco bien; he servido en su casa cinco meses, y me ha despedido porque he descubiertó sus feos enredos! ¡Y lo diré todo!

La maestra extraviada y pálida, trataba de empujarla hacia la puerta, suplicándole que callase, y diciéndole:

—Más tarde hablaremos solas, tened consideración á las niñas, no produzcáis escándalo...

Pero las muchachas que estaban cerca, ya lo habían oído, y la Vinini, allí presente, no perdía ni una palabra; las alumnas de las otras clases se habían parado en medio del salón; los padres y las criadas se aproximaban. Finalmente apareció la directora majestuosa y terrible.

—¿Cómo?—exclamó.—¿En éste lugar? ¡Qué audacia!—é hizo con ademán imperioso á las alumnas un gesto, que las dispersó como un bando de pájaros.

—¡Todos los sitios son buenos para exigir que le hagan á uno justicia!—replicó la mujer inflamándose á la vista del auditorio.—Digo que han hecho conmigo una porquería. Aquí no hay ni ricos ni pobres. Esa orgullosa es la que no quiere que mi hija esté al lado de la suya porque dice que la des-

honra. ¡Y no deja de tener gracia el que ella se ponga á hablar de deshonra con lo que todos saben! ¡No, no he de callar! ¡Cumpla usted con su deber, señora directora, en lugar de consentir estos embrollos!

La directora en un ímpetu de ira gritó:

—¡Esta mujer está ebria!

—¡Ebria lo estará usted!—contestó ella.

—¡Yo soy una mujer honrada!

—¡Que llamen á los guardias de orden público!

—No les tengo miedo, ya me escapé una vez de entre sus uñas. ¡Ah! ¡Esta es la justicia que se hace á los pobres! ¡Llamad á los guardias! ¡Yo me haré justicia con mis uñas!

Entre tanto, sin embargo, iba retrocediendo hacia la puerta, sacudida por los atléticos brazos de la portera, arrastrada por las criadas de servicio y empujada por su hija. A pesar de esto, seguía gritando y forcejeando por quitarse de la boca la mano de la portera que quería tapársela.

—¡Si, es una que no tiene nada de bueno! ¡Y lo digo á la faz del mundo que en cada esquina tiene uno y hará reventar á disgustos á su marido! ¡Vaya un corazón de señora, que sin más ni más arroja á las honradas madres de familia! ¡Ah! ¡La tengo sen-

tada en la boca del estómago! ¡Y todavía venirme á insultar! ¡Yo le sacudiré el abrigo de terciopelo cualquier día!

Diciendo esto, la lanzaron á la calle, donde había una multitud de muchachas, entre las cuales estaba la Vinini con la criada.

Todavía desde la calle gritó:

—¡Y son estas las escuelas del pueblo!—
Luego se alejó, llevándose delante de ella á empellones á la hija.

Inmediatamente llamó la directora, todavía llena de indignación, á la Galli para que diera cuenta de lo ocurrido; ella esperaba un bufido; pero al contrario, le sorprendió ver que la directora se aquietaba de improviso, y hasta llegaba á serenarse oyendo que se trataba de la señora Orveggi: no desaprobó lo ejecutado por la maestra; la alabó por haber hecho de modo que la muchacha no oyese nada y la despidió con un gesto.



UNIVERSIDAD DE MENDOZA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO" 1911
INDO. 1625 MONTAÑANA, 1911

XVIII

Cuando salió la Galli de la escuela, no había nadie en la calle. Pero apenas se había repuesto algo de la impresión cuando, al volver una esquina tuvo una sorpresa desagradable. Allí estaba la mujer del mozo de cuerda, sola, esperándola. La maestra, temiéndose un nuevo escándalo, intentó escurrirse; pero ella se acercó. Estaba completamente transformada; con los ojos enrojecidos: habiendo desahogado toda la ira, se produjo en ella uno de esos trastornos repentinos en el ánimo de los borrachos que les hacen llorar sin motivo para ello, como niños melancólicos. Saludó humildemente á la maestra, y siguió andando á su lado y hablándole febrilmente, con voz ronca y entrecortada, limpiándose á cada paso la boca con el delantal.

—Perdóneme, señora maestra; si, he ido demasiado allá, lo comprendo. Lo siento

mucho por usted. Pero debe saber que la señora después de haberme echado de la casa porque había descubierto sus enredos, ha ido diciéndole luego á su marido que había robado ¿comprende? para quitarme el crédito, en el caso de que hubiera ido yo á soplarle algo: ahí está la portera que lo puede decir. Hacía ya tiempo que bullía dentro de mí, y uno ú otro día tenía que salir. Me figuro que habrá dicho que no quiere que su hija esté con la hija de una ladrona. ¡Madre santísima! aun cuando lo fuese, valdría todavía algo más que ella. ¡Bruja malvada, que no es otra cosa! ¡Ah! ¡He visto y oído tales cosas! No, no, déjeme decir. ¿No sería mejor que para atormentar de ese modo á un hombre se le rematara de un golpe? Pero si se las hacía delante de sus narices y negaba como una endemoniada. Luego: ¿que me enveneno, que me enveneno! ó abría la ventana para arrojarse á la calle, él creía al fin, y cedía. Todo por la niña ¿me entiende usted? porque ella amenazaba con llevársela de noche, y él, blanco como un muerto, le pedía perdón, poniéndose sus dos manos al pecho para que no le saltara el corazón. Eran escenas infernales, le digo á usted. ¡Y no tener alma para romperle el cráneo con

una silla! Así es que lo ha reducido á un andrajo poco á poco. ¡La niña! ¡La niña! Que no oiga, que no sepa nada la niña, y que pase todo; siempre la misma historia; figúrese, hasta untar á las criadas para que callasen. ¡Y esperaba á que ella estuviese fuera para tener á la niña en brazos horas enteras; y nada de acariciarla en presencia suya; le decía que no sabía educarla, que le hacía perder el respeto, echándole siempre un jarro de agua fría por la cabeza que se quedaba atontado. ¡Es una fiera! ¡Ni un vaso de vino me ha dado en cinco meses!

En este momento, al dar vuelta á un callejón, la maestra apresuró el paso para dejarla detrás; pero ella, animada por la curiosidad que la Galli no había sabido ocultar, siguió á su lado y continuó soltando cosas.

—¡Tanto lujo! ¿eh? y luego en casa, grandes ensaladas y mucha patata, y de tarde en tarde carne cocida por valor de dos reales. ¡No le bastaba hacer á medida de su antojo en su casa, y viene ahora á hacerse la omnipotente en la escuela! ¡Corazón de hiena! Decir que le hacía pasar las noches en blanco, disputando y royéndose de pena el corazón. Bien veía yo por la mañana que no se había desnudado. Ya se sabe, un viejo y

una joven, un entumecido y... una tunantona no salen buenos matrimonios. La hija no llegará á tener muchos años, yo se lo aseguro; morirá de pena apenas comprenda algo, si no lo ha comprendido ya. Vano empeño el de ese hombre en ocultarlo todo, lo saben á estas horas los más inmediatos y los más alejados, y ella cada día es peor. ¡Cuando se ha perdido la vergüenza!... ¡Dice que le beben las botellas de Marsala! Eran bocas con bigotes las que las dejaban secas cuando el padre y la niña iban á dar una vuelta por la Plaza de Armas. Palabra de honor: me daba compasión verlo algunos días. Es bueno como el pan; al ver qué feliz era los días en que ella era un poco más humana y le dejaba tener en sus rodillas á la niña... ¡Son cosas que encienden la sangre! No sólo los hombres son capaces de caer en una degradación tan extrema: las mujeres son más fieras.

La maestra intentó otra vez librarse de ella diciendo que tenía prisa de llegar á casa; pero la mujer la cogió por una manga, y la obligó á detener el paso, porque quería pedirle perdón.

—Créame, créame—le dijo con una efusión de ternura producida por un sacudi-

miento repentino de la embriaguez,—soy una mujer de oro, una buena madre, como hay pocas. Bebo algo... todas beben; pero por mi hija, ¡ah! por mi hija daría la vida. No niego que alguna vez le pego; pero es por su bien, porque si luego se casan, es preciso que tengan la piel ya endurecida. A mi hombre no sería capaz de causarle daño. Si me lo hace él á mí se lo devuelvo; y nos vamos á la cama una vez uno y otra vez otro con los huesos molidos; pero todo acaba aquí.

Luego se paró un momento.

—¡Ah, si la encontrase!—exclamó, cambiando de tono.—Por grande y gorda que esté, hubiera usted visto, cómo la hacía saltar sólo con este dedo, ¿lo ve usted? y aún había de sobrar.

En esto se detuvo de pronto, se quedó mirando fija á la maestra con los ojos centelleantes, y señalando á una tenducha de licorista que estaba al lado, le dijo con la sonrisa en los labios y la voz dulce:

—Si la señora maestra quisiese honrarme aceptando una gota de algo... es un sitio limpio... sólo una gota, por complacerme.

La maestra se excusó dándole las gracias y siguió adelante.

Y la mujer se quedó con el dedo índice en el aire, repitiendo una y otra vez:

—¡Sólo una gota!—hasta que aquella desapareció...

Y murmuró después:

—¡Ah, escrupulosa!—y entró en el tenducho.

